

ra bien: la esperanza, que es toda práctica, empeña necesariamente la conducta del hombre, convirtiendo para él en una necesidad muy imperiosa el conocimiento y la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia. Por el conocimiento de estos preceptos merecemos ver á Dios en sí mismo; por su observancia le amamos y le habremos de gozar eternamente. Ved pues, hermanos míos, cómo la esperanza nos hace entrar en la *caridad*: porque entónces andamos por el camino verdadero, vemos sin sombras, esperamos sin dudas, llenamos los fines de nuestra existencia, obrando con rectitud y sabiduría: amamos como debemos amar; pues amar á Dios quiere decir tanto, como creer lo que dice, querer lo que quiere y hacer lo que manda. Acordaos, si no, de las mismas palabras de Jesucristo vida nuestra: *Amad á Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas*: (1) este es el grande y sumo precepto, el que comprende á todos los demas, del cual penden y al cual se encaminan toda la lei y los Profetas. La caridad consiste, bien lo sabéis, en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos; y la medida de esta virtud en nosotros, es tambien la escala que nos debe servir para graduar nuestra perfeccion, nuestra grandeza y nuestra santidad, siendo claro, que á los ojos de Dios es *mayor y mas santo el que tiene mayor caridad sea quien fuere*.

Mas esta santa y divina virtud correria mucho riesgo, no lo dudéis, si hubiera quedado en la tierra únicamente á cargo del corazón. Muchas veces la creeríamos ver donde no estaba, y otras la despreciaríamos sin conocerla, queriéndola sujetar al criterio de los sentimientos puramente naturales. Estaba pues en la gloria de Dios y en los intereses del hombre el que la caridad tuviese un código, y Jesucristo se le ha dado, diciendo muchas veces á sus discípulos, y en ellos á nosotros, que la caridad consiste en el exacto cumplimiento de la lei: *Si me amáis, guardad mis mandamientos*. Esta es por lo mismo la voz de la Iglesia católica, y lo que habéis aprendido vosotros en

(1) Mat. cap. XXII v. 37.

el primer libro de vuestra infancia. Desde esa época primera de vuestra vida se os han hecho y satisfecho dos preguntas que comprenden toda la ciencia del hombre. *¿Quién es ante Dios el mayor y mas santo?* Como si dijéramos, ¿quién ha merecido la aprobacion de la Divinidad en el vário sistema de su conducta? ¿quién ha tocado el último punto de perfeccion y de grandeza? ¿quién ha comprendido mejor su vocacion y sus destinos? ¿quién ha sido mas consecuente con las verdades que profesa y las promesas que guarda? ¿quién se halla mas inmediato á Dios y portanto á la posesion de la bienaventuranza? *El que tenga mayor caridad sea quien fuere*. He aquí, señores, la regla y el criterio: regla segura, criterio infalible. Salir de aquí es hundirse en las tinieblas, resbalar á cada paso, caminar de abismo en abismo. Ante estos documentos preciosos cae todo el esplendor de las ciencias, todo el prestigio de las artes, toda la gloria del genio y del talento; porque nada de esto sirve, si aquello se ignora.

¿Y quién tiene mayor caridad? ¿Acaso el que ha logrado concentrar en sí mismo todos sus sentimientos y apurar todos los goces y placeres de la vida? ¿acaso el que ha sido mas fecundo en esas relaciones que producen las simpatías puramente humanas? ¿acaso el que ya no encuentra guarismo para decir el número de sus prosélitos y aduladores? ¿acaso el que ha conseguido una brillante celebridad entre las vicisitudes de la guerra y la carrera de las conquistas? ¿acaso el que abriendo sus labios y dejando correr su pluma, logra encadenar la admiracion ante los trofeos de su talento y de su genio? Nada de esto, católicos: yo bien sé que todos estos son títulos de amor y de felicidad entre los hombres, y que frecuentemente el corazón humano goza gimiendo bajo el infame yugo de tan vanos prestigios; pero nada de esto es la caridad. *¿Quién tiene pues mayor caridad?* *El que mejor guarda los mandamientos*.

Ved pues cómo la doctrina cristiana os ha traído á un punto seguro y claro, llamándoos al camino verdadero y único, y poniendo digamoslo así, la felicidad eterna en vuestras propias manos. Ahora bien: sin fe no hai esperanza, sin esperanza no hai caridad; porque el que no cree lo

que Dios dice, el que no espera lo que Dios promete, no cumple la lei de Dios, y el que no cumple la lei de Dios, no tiene caridad.

Esta santa virtud lo encierra pues todo, y ved aquí la razon de aquella noble y excelsa primacía que le atribuye el apóstol de las gentes: *Fe, esperanza y caridad: he aquí las tres virtudes; pero la mayor de todas ellas es la caridad.* (1)

Si pues la caridad es la mayor de las virtudes, la prerrogativa mas alta de un cristiano, y el título mas incontestable que puede poseer á la felicidad, y si la caridad consiste en el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia, ¿qué objeto mas importante, hermanos míos, se os puede ofrecer aquí, que estos preceptos mismos relativamente á vuestra conducta? Pues bien, ellos constituyen, como ya os he dicho, el segundo objeto de la doctrina cristiana.

Pero qué, ¿el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia carece de obstáculos terribles que hagan estremecer á la naturaleza humana? Díganlo todos aquellos que han sentido la rebeldía del corazón en el triste combate de sus pasiones. No: la naturaleza humana no es capaz de tanto, y el hombre se perdería infaliblemente, si no contara con Dios. Mas Dios ha prometido á la naturaleza humana su asistencia continua, y ha dejado en su Iglesia abiertas para toda la humanidad las fuentes del Salvador. Pero uno y otro, católicos, suponen siempre, bien lo sabéis, el cumplimiento de ciertos requisitos por nuestra parte. Nada pues nos interesa tanto como el saber y cumplir estas condiciones.

Promete Dios, no hai duda, su asistencia, su auxilio y su gracia para que cada uno de nosotros conozca por experiencia propia, que su *yugo es suave* y su *carga ligera*; (2) mas es con la condicion de que se le pida con solicitud y con instancia. *Pedid y se os dará*: he aquí la peticion erigida en precepto; *buscad y hallaréis*: he aquí la solicitud; *tocad y se os abrirá*: he aquí la instancia. (3) Pues bien, el pedir con solicitud y con instancia lo que en esta vida y en la otra convenga mas á nuestro último fin; he

(1) Epist. I á los corint. cap. XIII v. 13.—(2) S. Mat. cap. XI v. 13.—
(3) San Mateo cap. VII, vv. 7 y 8.

aquí la *oracion* y con ella, señores, el tercer objeto de la doctrina cristiana.

¿Y cómo comunica el Señor sus gracias á los hombres? Por señales mui sensibles, para que cada uno sepa con lo que cuenta, y persevere sin tantos obstáculos por el camino de la virtud. Ya comprenderéis, que os hablo de los *sacramentos*, instituidos por Jesucristo y administrados por la Iglesia, como una medicina infalible y permanente de salud, puesto que son *unos remedios espirituales que nos sanan y justifican*: nos sanan, *dándonos gracia interior por señales exteriores*; nos justifican *por los méritos de Jesucristo, nuestro Señor, aplicados en ellos*.

Pensadlo bien: en los sacramentos vienen á instituirse ó restaurarse las tres virtudes teologales: en las tres virtudes teologales, *fe, esperanza y caridad*, está todo, y fuera de este todo, no está sino la nada y la muerte. Suprimid el *bautismo*, y ya no tenemos el *ser de gracia*, ni *la vida de cristianos*; prescindid de la confirmacion, y nos falta la fuerza y robustez para confesar á Jesucristo; abolid la *penitencia*, y el que ha perdido la gracia primitiva no tendrá ya sino que aguardar su turno en la mansion de los réprobos; quitad la *comunion*, y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía no tiene ya con nosotros ese vínculo permanente de union que nos asegura y que nos salva; no penséis en el *orden*, y vuestro carácter social como católicos acabó, el sacerdocio no existe, y un caos vuelve á interponerse entre los cielos y la tierra; convertid el *matrimonio* en un simple enlace carnal, y vendréis á ser los compañeros del bruto, seres absolutamente degradados, que no viven sino únicamente para la propagacion de su especie. Estos siete sacramentos, son, señores, las siete columnas sobre que reposan los cielos en la tierra. Su importancia es tan grande como la de vuestra propia dicha. Mas para que ellos produzcan en el alma todos sus efectos felices, es necesario recibirlos con dignidad. ¿Qué cosa mas importante, que saber cumplir los requisitos indispensables para recibir dignamente los sacramentos de la Iglesia? Pues he aquí el cuarto objeto de la doctrina cristiana.

¿Lo habéis entendido bien, hermanos míos? ¿Compre-

déis la importancia suma de esta predicacion que ilustra vuestra inteligencia, gobierna vuestro corazon, rectifica vuestra conducta, afirma vuestras esperanzas y estrecha con vínculos inmortales vuestra presente y futura existencia? No es este el lugar de explanaros tan santas ideas, harto fecundas para que pudieran figurar en los pormenores de un simple discurso; pero sí os diré con San Pablo, que todos estos bienes se nos comunican con la fe, de la cual se deriva nuestro ser de cristianos, en la cual se funda nuestra esperanza divina, y por la cual somos conducidos hasta el amor mas acendrado por las altas revelaciones que nos hace y los sentimientos celestiales que nos inspira; que la fe entra por el oido con la palabra de Cristo y por tanto, mediante la santa predicacion de la doctrina cristiana. *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi.* (1)

¡O Dios mio! ¡qué ciego es el hombre que idólatra de su entendimiento, no tiene otra luz ni reconoce y admite mas oráculo que el de su propia razon! Él todo lo sabe, ménos lo que le importa; todo lo conoce, ménos á vos y á sí mismo, todo lo descubre, ménos el interior de su existencia, el carácter de su vocacion y la altura inconmensurable de sus destinos!

Cristianos, á quienes ha sido concedido conservar ileso el don sublime de la fe, bendecid al Autor de este bien infinito, y ofrecedle, como un primer tributo de amor y reconocimiento, vuestra consagracion tierna y constante á la doctrina celestial que puso á disposicion de su Iglesia para difundir la luz por todos los pueblos, y regenerar con su Evangelio y con su gracia el entendimiento y el corazon de toda la humanidad. Pero no basta comprender la importancia suma de la doctrina cristiana: es necesario hacerse y mostrarse digno de poseerla, y fecundarla en el alma para llegar á la perfeccion y asegurar la felicidad.

(1) Epist. á los Roman. cap. X v. 17.

SEGUNDA PARTE.

Si de tal magnitud es, hermanos míos, no solo para vosotros, sino para la humanidad entera, esta doctrina bajada de los cielos, nada ménos que para regenerar la inteligencia y el corazon, para reformar al hombre y volver á la vida el mundo intelectual y moral *sentado*, como dice el Profeta, *en las tinieblas y á la sombra de la muerte*, (1) ¡cuál debe ser nuestro afán é incansable solicitud en adquirirla y observarla? Dios la comunica ó la niega segun el espíritu con que se la oye y recibe: á unos los llena de luz; á otros les deja en las tinieblas. ¡Verdad terrible, que debe penetrarnos de espanto; pero verdad acrisolada en todas las pruebas, justificada y robustecida por siglos de experiencia! Yo pues, atento al grande objeto de este ministerio, ya que os he dicho algo, para inclinar vuestra voluntad, sobre la importancia suma de la doctrina cristiana, debo tambien hablaros, para asegurar el fruto de mi predicacion, sobre las disposiciones que debéis traer á este lugar santo, cuando á la voz de la Iglesia, os reunís en él para escuchar la palabra de Dios.

Estas disposiciones deben ser análogas en todo al fin que debéis proponeros en el conocimiento y observancia de la doctrina cristiana, es decir, deben enderezarse todas á la posesion de Dios, en la cual está cifrada nuestra verdadera y única felicidad, y como para llegar á este fin habemos menester de la luz que nos comunica la fe, de la fortaleza que nos da la esperanza, y de la rectitud en que nos coloca la caridad, claro es, que necesitamos un entendimiento dispuesto al sacrificio completo de la razon en cuanto no es de su resorte, una abnegacion de nuestro propio poder segun la medida de la esperanza, y por último, una consagracion exclusiva del corazon para conservar los vínculos eternos de ese amor á que nos llama nuestro propio fin,

(1) Cant. Zachar. en San Luc. cap. I, v. 79.